Diosa luna

Beatriz Alcázar López

Diosa luna

Beatriz Alcázar López

Avant
editorial

Primera edición, julio de 2024
© Beatriz Alcázar López, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-61-5
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-17156-2024

Este libro está dedicado a mi hija Tonisa y mi nieta Beatriz, que son el alma que habita en mí, así como la luz que ilumina mi vida.

A mi sobrina Ángela por lo que nos queremos y por tantas cosas compartidas a lo largo de nuestras vidas, por haberme ayudado tanto en este libro y por el prólogo tan bonito que ha compuesto para mi novela, «Mi Diosa Luna», así como por el cariño con que me consta que lo ha hecho. ¡Gracias, guapa mía!

A la persona que llevaba los apellidos «Veas Lirón», ya que yo los he utilizado en honor a ella y para así recordarla, ya que fue mi estrella, mi guía y quien tanto cariño me dio cuando más falta me hacía; todo eso me hizo quererla, admirarla, adorarla y respetarla para siempre.

A mi inseparable amigo, Paco M. Salcedo, por su ayuda incondicional y porque siempre que lo necesito está dispuesto para mí.

A mi maestro Sergio Reyes Puerta, por lo que lo quiero a él y por quien nos une. Un beso allá donde esté.

A Ángel Ruiz Vidal, por ser una persona tan especial en mi vida.

A mi amiga Águeda López Arcas, por ser una persona tan especial y por la amistad que tenemos desde que éramos niñas.

A mi amiga de siempre Ana Pastrana, por ser para mí un ejemplo en todo.

A todas las personas que ya no están, pero que llevo siempre en mi corazón.

Y a todas las mujeres, invitándoles a tener fuerza para luchar por lo que quieren y se les niega.

Prólogo

Querido lector, otra vez nos sorprende Beatriz con otra de sus novelas donde la mujer es protagonista. Describe la valentía y la pericia de una mujer luchadora y fuerte, como tantas hay, pero aquí hablamos de Mamá Luna, una madre que, por azares de la vida, se tiene que defender de la corrupción social en la que se encuentra, del racismo y del clasismo.

Este libro te hará temblar por los avatares de Mamá Luna, por los conflictos que tiene que sortear esta mujer, siendo pisoteada y esclavizada, por el poderío del racismo y la esclavitud, luchando sin más armas que la razón y el amor a sus hijos, escapando de unas garras malditas que la atenazan.

Adentrándose en los entresijos del libro te verás tan interesado que no querrás dejarlo hasta terminar con él y descubrir qué ha sido de estas personas.

Amigo y compañero lector, eso me ha pasado a mí, que me vi envuelta en la narrativa de Beatriz, con esa forma suya de escribir que la hace interesante con su sencillez y valentía para

explicar las cosas que en otro tiempo habría guardado en su cajón del olvido o en el cajón de lo inenarrable.

Seguro que seguirá escribiendo ya que tiene una mente prolífera, así como suficientes vivencias, tanto personales como sociales y políticas, como para seguir con su narrativa, sencilla e interesante como para envolvernos y hacer que los personajes de la historia nos parezcan compañeros de viaje de los que queremos seguir sabiendo, así tu ansia de saber te hará llegar al final y querer leer otra de la novelas de las que escribe Beatriz.

Ángela López Alcázar.

1

A sus veintiún años Valentina había terminado su carrera y Ernesto, su novio, por ser mayor que ella estaba deseando que terminara para pedir su mano y casarse. Estaban enamorados, sobre todo ella, ya que Ernesto la enamoró con su sabiduría más la pericia de sus correrías por el mundo. Valentina nunca había conocido a otros hombres, y además era una chica que no había salido mucho, no tenía experiencias de nada. Su madre murió al nacer ella y su padre dedicó su vida a la crianza de sus dos hijas, pero al hacerse las chicas mayores, don Damián, el padre, conoció a una señora que lo enamoró con su belleza serena y madura. Se casaron y, a partir de ese momento, Valentina sintió que ya no tenía intimidad en casa. Catalina se casó con su novio y se fue a vivir al barrio de donde era el muchacho. Así Valentina, cuando Ernesto le pidió matrimonio, sin pensarlo nada asintió gustosa, ya que en casa no se encontraba a gusto. Se le habían juntado tres cosas: la primera, que la convivencia en casa ya no era igual, su hermana se había casado y marchado, y estaba también su madrastra ahora tras el matrimonio de su padre; y además, como

había terminado su carrera, su vida se había hecho más monótona. Por lo tanto, la idea de casarse le vino justo al tiempo que ella lo necesitaba. Lo consultó con su hermana:

—¡Oye, hermana! ¿Sabes que Ernesto me ha pedido que nos casemos?

—¿Y tú qué le has dicho?

—Yo he aceptado.

—¿No te parece que os conocéis muy poco?

—Es que en casa, desde que tú no estás y papá se casó, yo no me encuentro bien, me aburro bastante.

—¿No será que tienes celos por compartir a papá?

—Puede ser, pero no quiero que él se dé cuenta de que por ese motivo yo estoy incómoda, ya ha hecho mucho con dedicar su vida a nosotras, tiene derecho a una vida feliz y desde que está con esta mujer se le ve contento y no sería justo interrumpirle en nada. Además, yo estoy muy enamorada de Ernesto y lo que más ilusión me hace es estar con él.

— ¿Estás segura que lo conoces bien como para casarte tan pronto?

—Yo creo que si hermana, él está siempre dispuesto a darme todos los caprichos y siempre que puede se pasa el tiempo conmigo. Está loco por que nos casemos, se le ve muy ilusionado, y me lo pidió con tanta vehemencia que me emocionó, y yo lo estoy deseando.

—Pues si es así, adelante, pero tú ya sabes que, si te encuentras mal en casa, la solución no es casarte, también puedes vivir conmigo. Yo estaría encantada ya sabes que Domingo por su trabajo se pasa muchas semanas de viaje y yo me quedo sola, estaríamos juntas muy bien y podrías casarte más adelante.

—No, hermana, yo quiero casarme, pienso que Ernesto es el hombre de mi vida y seremos felices.

—Pero no conoces a nadie de su familia ni nada de su pasado.

—Sí, hermana, sé que es un chico muy cordial, tiene grandes amigos que nunca le fallan. Sé que en el pasado tuvo una novia, la cual lo dejó por un primo suyo, que al parecer siempre habían estado enamorados, pero la familia se oponía al compromiso por ser primos, hasta que un día decidieron pasar de todo y disfrutar de su amor y se marcharon al extranjero. Y ahora está muy enamorado de mí. Sus padres no son de aquí, son de un pueblo de la Mancha. Se vinieron aquí cuando sus hijos quisieron estudiar, por eso aquí no se les conoce mucho. Yo a ellos sí les conozco y son gente muy buena, pero Ernesto ya no vive con ellos, vive con unos amigos que se llevan muy bien.

La boda se celebró, siendo una ceremonia sencilla, sin ningún boato. Estuvo muy divertida ya que los amigos del novio todos en grupo se divertían involucrando a Ernesto en sus risas y chascarrillos, a veces algo atrevidos. El novio les seguía las bromas, y así eran el centro de atención, quizá algunas copitas de más les animaban.

Don Damián, padre de Valentina, así como Catalina, su hermana, estaban incómodos con la actitud desenfrenada de aquellos chicos y con el mismo Ernesto, a quien se le veía muy contento participando de la diversión inadecuada para el momento.

Cuando ya se terminó la fiesta todos marcharon. Incluso los novios se fueron a su casa, que de antemano tenían preparada. Una casita preciosa en las afueras de la ciudad, donde todo eran viviendas individuales y zonas ajardinadas. Tenían la intención de pasar su noche de bodas en casa y al día siguiente partirían de

viaje de novios. Y cuando volvieran, Valentina iría a trabajar, con lo que estaba muy contenta ya que era su primer trabajo, que sería en una empresa de prestigio cercana a su vivienda, y trabajaría en administración, que era lo que ella había estudiado.

Al llegar a casa oyeron una algarabía en la puerta y al asomarse por la ventana vieron que era todo el grupo de amigos del novio que le reclamaban para que saliera con ellos a celebrar la boda con una última copa.

—Cariño, no quiero que te vayas —decía Valentina.

—A mí tampoco me apetece ir, pero son mis amigos y no puedo fallarles.

—Es que, si te vas, siento que me fallas a mí.

—No te preocupes, no tardo nada, tomo una copita con ellos y vuelvo enseguida.

Eran las doce de aquella noche de bodas cuando Ernesto salió. Valentina quedó sola y decepcionada, pero como si fuese en voz alta, para auto-conformarse, se decía que no tenía importancia: «Son sus amigos, enseguida volverá y tendremos una noche preciosa e inolvidable». Pero no fue así. Ernesto no volvía y, conforme iban pasando las horas, la tristeza y la decepción de Valentina iban en aumento. Se quitó el traje de novia, que ella había soñado tantas veces que Ernesto con mucho cariño y felizmente se lo quitaría, ¡tantas veces había soñado con ese momento! Con los ojos anegados en lágrimas, se quitó el vestido y se puso un pantalón, una blusa y unos deportivos. Estaba sola, aquel silencio y aquella soledad se hacía insoportable. Miró el reloj: eran las tres de la madrugada. Se tiró a la cama. Lloraba y lloraba, no quería llorar pero sentía que algo se había roto entre ellos, como si su vida se hubiese hecho añicos, algo que sería imposible de reconstruir. No quería que, si llegaba Ernesto, la viera

llorando, prefería que viera en ella a la mujer fuerte que siempre había sido y que ahora se había dejado vencer por este hecho que tanto le dolía: que todo se derrumbaba, pero que parecía no tener importancia para él.

A las cuatro oyó ruido. Era Ernesto que entraba. Se incorporó y se quedó en medio de la estancia, observando cómo venía tambaleándose de la embriaguez y apenas si articulaba palabras. Intentó acercarse a ella y Valentina se apartó, el dolor que tenía no le permitía dejar que la rozase. Él gritó:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me rechazas?

—¿Acaso no te das cuenta de cómo estás?

—¿Cómo estoy? ¿No soy el hombre con el que te has casado? —seguía gritando Ernesto.

—No, Ernesto, el hombre con el que yo me he casado, no creía que sería capaz de hacer esto.

—¡Esto! ¿Qué es esto? ¿Acaso no es normal que tome unas copas con los amigos? ¡Pues has de saber que mis amigos son lo primero y tú eres una niñata caprichosa, mimada y malcriada, que sólo estas acostumbrada a que sea lo que tú quieres! Pues en adelante conmigo no será así. Aquí se hará lo que yo diga y tú eres mi mujer y lo acatarás.

Al oír todo esto, Valentina se horrorizó. ¿Dónde estaba el Ernesto amable, cariñoso y enamorado que ella conocía?

Ernesto intentó cogerla por la fuerza, pero escapó de sus manos grandes y fuertes, que antes le gustaban y ahora le dieron mucho miedo. Corrió a refugiarse en algún sitio y él la siguió hasta cogerla por los brazos. La sujetaba fuertemente y su boca distendida, como en una sonrisa descontrolada, olía a alcohol desmesuradamente. Intentó besarla y Valentina, huyendo, cayó al suelo, y él cayó también. Valentina se incorporó, él intentó

seguirla pero le costó incorporarse; cuando lo consiguió corrió hacia ella y la volvió a alcanzar. Aunque estaba ebrio tenía más fuerza que ella. La arrastró hasta la cama y, de un empujón, la dejó tendida y él se echó sobre ella intentando poseerla. Ella forcejeó y él la abofeteó sin ningún miramiento.

Valentina escapó de allí, corrió entonces hasta la cocina e intentó intimidarlo con un cuchillo en la mano, pero él sin temer nada se volvió a acercar. Ella le empujó al tiempo que él la cogió y ambos cayeron al suelo. Al caer, Valentina se hizo un corte en el brazo y Ernesto dio con la cabeza en el filo de una puerta y cayó al suelo inconsciente. Valentina vio horrorizada que la cabeza de Ernesto sangraba y, al verlo inerte en el suelo, creyó que estaba muerto. Aterrorizada, temblando, salió corriendo a la calle, corrió y corrió, en su locura sentía que él la seguía y la alcanzaba y seguía corriendo sin parar, sin saber ni siquiera dónde estaba. Tampoco se percató de que sus piernas sangraban por las rozaduras que llevaba a causa de los matojos que había por el suelo. Poco a poco iba parando, estaba en un sitio oscuro donde ya no había luces de la ciudad. No sabía el tiempo que había pasado corriendo. Cuando se serenó un poco, pudo pensar con algo de cordura: «¡Oh, Dios mío, lo he matado! ¡Lo he matado!». Desfallecida, se sentó en el suelo, descansó un poco y, sin tener conciencia del tiempo transcurrido, se volvió a poner de pie y siguió.

Pronto se vieron los primeros claros del alba. Valentina sintió mucho miedo, por la noche se sentía cobijada por la oscuridad, pero ahora que todo el mundo la vería y la reconocería, ¿qué pasaría cuando se descubriera lo que había pasado? Nadie creería que ella no había sido culpable, tendría que pagar con cárcel la muerte de Ernesto, su padre y su hermana se morirían de pena y

vergüenza de tener una hija y una hermana asesina. Horrorizada, volvió a correr sin parar en mucho tiempo.

Su boca estaba tan seca que no podía respirar. Paró de correr, se quedó pensando y se dio cuenta de que estaba en las afueras de la ciudad. Ya con la luz del día vio que cerca pasaba una carretera estrecha, con poco tránsito. No quería acercarse por si alguien la veía, así que siguió andando muy cerca de la carretera pero por campo. Su pelo largo y sedoso iba suelto y despeinado. Lo recogió y sujetó con el cordón de uno de sus deportivos, así caminaba más cómoda, y quería seguir caminando sin parar. Todo lo que se alejaba de aquel terrible suceso le parecía poco. Creía que pronto se darían cuenta de lo que había pasado y la buscarían. Estaba aterrada, tanto que ni se daba cuenta de la herida de su brazo que ya había parado de sangrar.

Paró un momento para ver si se ubicaba ya que no sabía dónde se encontraba. Vio a lo lejos las carpas de un circo y decidió acercarse. Serían extranjeros, quizá estuviesen al margen de lo que pasara en la ciudad y pudiera al menos pedirles agua y quizá hasta pudiera huir con ellos. Claro que aún le faltaban algunos kilómetros para llegar, no sabía si podría resistir sin beber agua. Encontró unos arbustos y se refugió en ellos. Se sentó en el suelo, estaba tan cansada que sentía que no podía seguir caminando, y se recostó poniendo la cabeza en un pequeño montículo que hacía el terreno, quedándose dormida, o inconsciente, no sabía qué le había pasado.

Se despertó sobresaltada, miró a su alrededor y, al no ver a nadie, se fue calmando. No sabía el tiempo que había estado allí, ni sabía qué hora sería. Se incorporó y volvió a ver las carpas del circo. Fijó su vista en ellas y se prometió a sí misma que no pararía hasta llegar, pensaba que allí tendría alguna ayuda. Aprovechó

la energía que le había proporcionado el descanso del sueño y anduvo sin parar hasta llegar a las proximidades del circo. No veía gentes por allí, aunque perros sí había. Sintió miedo, paró un momento, reflexionó y, sabiendo que no tenía otra cosa en que refugiarse, siguió hasta llegar. Vio a dos chicos negros y se dirigió hasta donde estaban. La miraron extrañados y le preguntaron en un español muy correcto, cosa que a ella le agradó mucho ya que eso le facilitaría las cosas.

—Señorita, ¿en qué la podemos ayudar?

—Estoy perdida y no tengo donde ir —. Su voz temblaba de tal forma que casi era imperceptible.

Los chicos se miraron extrañados y le dijeron:

—Venga con nosotros, seguro que Mamá Luna le ayudará.

Ambos chicos eran tan iguales que se podrían confundir, los dos muy altos y bien fornidos. Valentina pensó que serían gemelos, y efectivamente no se equivocaba. Caminaban por unos pasillos con paredes de madera y Valentina les seguía. Tenía mucho miedo pero por ahora era el mejor sitio que había encontrado. Llegaron a lo que se suponía que era alguna habitación, no había puerta, solo una cortina que parecía de una tela muy pesada que impedía ver de afuera hacia adentro. Uno de los chicos abrió la cortina y dijo algo en algún idioma o dialecto que Valentina no entendió. Le contestó la voz de una mujer. Entonces el chico le dijo que podía pasar. Con suma cautela, entró y vio a una mujer negra de mediana edad y muy grande, de unas dimensiones extremas y un volumen exagerado, vestida con faldas largas y cubriendo su cabeza dentro de un gran pañuelo en forma de turbante, todo de colores a juego con el resto de sus vestimentas. Se miraron frente a frente y la mujer dijo a los chicos que se retiraran. Lo dijo en un idioma que Valentina no entendió, pero

vio como los chicos salieron. Al quedar solas, la mujer mirándola sonrió de una manera que a ella le dio confianza. La señora preguntó en un español parecido al de los chicos:

—Niña, ¿qué te pasa?

—Estoy perdida y necesito ayuda.

—¿En qué te puedo ayudar?

—Tengo la boca tan seca que apenas si puedo hablar, hace muchas horas que no he bebido agua.

La señora se puso de pie y le dio un vaso de agua que Valentina bebió seguidamente con ansia.

—No te preocupes, toma el tiempo que necesites.

Había bebido agua, pero se encontraba tan cansada que apenas si tenía fuerzas para hablar, aunque era consciente de que tenía que decir algo, pero no sabía qué. Tan apurada estaba que sin querer rompió a llorar con una respiración entrecortada y su cara estaba bañada en lágrimas.

—Niña, por tu estado se ve que lo que te pasa es grave. Pero puedes confiar en mí, que no te traicionaré sino todo lo contrario. Por muy grave que sea, seguro que yo he pasado por apuros más graves y he salido, por tanto tú también saldrás. Si tú quieres, puedes confiar en mí, estamos solas y solo tú y yo sabremos lo que me cuentes.

Valentina seguía llorando, no podía parar, así que la señora la abrazó y ella se sintió protegida.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Valentina… ¡Y he matado a mi marido!

Al decir esto, lloró y lloró más fuerte. Mamá Luna la dejó sin decir nada, esperando a que su llanto se aplacase. Entre el llanto y la debilidad que tenía, Valentina se quedó como si todos sus sentidos la abandonaran y en ese momento no podía emitir la

voz, solo algunos ruidos guturales. Parecía que se iba a desmayar, así que Mamá Luna la ayudó a recostarse y le volvió a decir que no se precipitase, que se tomara el tiempo que necesitara y que se tranquilizase.

Valentina, viendo que no podía apenas respirar, mirando a Mamá Luna le pidió más agua, que enseguida le trajeron. Valentina bebió, y con eso sintió que su cuerpo se aliviaba. Reclinó su cabeza un poco, sintiéndose desfallecer. Mamá Luna puso una almohada para que reposara su cabeza, y sintió mucha pena por ella: la miraba como si se mirase a ella misma cuando sus problemas eran tan fuertes, como pudieran ser ahora los de esta chiquilla, que no sabía lo que le pasaba, pero la veía una niña inofensiva incapaz de matar a nadie.

Estuvo con ella todo el tiempo, sin dejar a nadie entrar, esperando a que se reanimara, y en esos momentos recordó su propia historia. Sería de la misma edad que ahora tendría Valentina. Ella vivía en Kenia, feliz con sus hijos y su marido y rodeada de sus familiares, sobre todo su abuela. Todos vivían por la misma zona, se veían todos los días mientras cuidaban de sus ganados, y celebraban juntos todos los eventos con la alegría de las propias ganancias, tanto de sus cosechas como de los ganados, y unidos todos los de la tribu eran felices. Ya le contaría lo sucedido y, si podía, seguro que le ayudaría. Nadie mejor que ella para saber de necesidades y falta de ayuda; pero no veía a esta niña con fortaleza para soportar muchas cosas, la veía una chica débil y desolada y seguro que, si ella hubiese matado a su marido, no estaría llorando como si el daño lo hubiese recibido ella en sus propias carnes.

Valentina en pocos minutos se incorporó asustada. No sabía que le había pasado. Sintió como si despertara de un vahído

que por unos minutos dejó a su mente liberada de aquello que no la dejaba ni respirar. Miró un poco a su alrededor y se situó volviendo otra vez al suplicio de su realidad… Miró a Mamá Luna, que permanecía sentada a su lado y, con los ojos llorosos, muy abiertos, le dijo con voz casi imperceptible:

—Necesito ayuda, no sé qué puedo hacer.

—Por lo pronto, contarme lo que ha sucedido. Y dime, ¿cuándo has comido?

—En realidad no lo sé, no sé qué hora es, pero yo salí anoche de madrugada huyendo y después todo cuanto he hecho ha sido correr y correr muerta de miedo. Ahora me encuentro que no tengo fuerzas ni para pensar, pero tampoco quiero pensar: tengo miedo de mí misma, de lo que he sido capaz de hacer.

—Estoy esperando que me digas lo que te pasa.

Valentina, al darse cuenta de que tenía que contar lo que había pasado, se puso a temblar. Estaba aterrada, pero haciendo un gran esfuerzo le contó a Mamá Luna todo su relato. Esta estaba muy pensativa y solo pudo decirle:

—Déjame pensar… Está visto que tú no eres culpable, pero no lo verán así ni los jueces ni la sociedad, por lo tanto, es cierto que tienes un grave problema, del que si te cogen no saldrás muy bien parada, así que has de quedarte aquí hasta que se nos ocurra algo. ¿Estás segura de que nadie te ha seguido?

—Yo no he visto a nadie y quizá tampoco lo habrán visto a él. Yo creo que lo que debo de hacer es entregarme y confesar lo que he hecho y que sea lo que el destino me tenga reservado, pero estoy muerta de miedo, yo no quería hacerle daño, solo quería que él no me lo hiciera a mí, fue un accidente.

—Sí, pero no sé si los jueces lo verán así, y además mientras tanto estarás en la cárcel y eso te destrozaría la vida sin merecerlo.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer?

—Eso es lo que vamos a pensar. Al entrar, ¿quién te ha visto?

—No lo sé, creo que solo los dos chicos que me han acompañado hasta aquí, yo no he visto a nadie más.

—Claro, es que a esta hora todos duermen porque se acuestan muy tarde por la actuación de la noche. Esos chicos son mis hijos y solo dirán lo que yo diga, por lo tanto descansa un poco. Tranquila que aquí estás a salvo y ya pensaremos lo que podemos hacer. Échate aquí en este sofá y descansa, que aquí no entra nadie a menos que yo lo consienta y te aseguro que no lo haré.

Valentina se recostó y poco a poco empezó a estar más tranquila, hasta que se durmió, pero su cuerpo no se relajaba, seguía temblando, aun después de estar dormida.

Mientras ella dormía, Mamá Luna la miraba y sentía pena por ella. La veía inocente y desvalida y le hacía recordar a ella. Hubo de soportar tantas cosas que, si esta chica las supiera, se daría cuenta de que lo suyo no era tanto.

Valentina despertó asustada, soñaba que había un monstruo y que el monstruo era ella misma, que con su misma cara y con una guadaña corría tras ella. El monstruo era horrible y la alcanzaba. Con esta sensación despertó tan asustada que sus gritos se oyeron en la calle. Al oír tal escándalo acudieron los dos hijos de Mamá Luna, quien desde la puerta les dijo que no pasaba nada, les dejó pasar y los presentó a Valentina.

—Mira chica estos son dos de mis hijos. Como verás, son fuertes y buenos chicos, están siempre pendientes de mí, y a partir de ahora también lo estarán de ti. Verás que aquí estamos a buen recaudo y no nos pasará nada, puedes estar tranquila.

Valentina se abrazó a Mamá Luna llorando.